

debe pensar que la hermosura de su atuna, que las mas veces con la mucha honestidad no se abraza, me cegará para que no vea lo que el mar vería tan gran maldad. Mas esta buena ley el día de hoy está corrupta, y en el mar debe de ser lo mismo, y no es mucho. Pasé yo por la memoria muchas cosas en este caso, y parecióme prevenir el remedio, para que él se asegurase y mi lealtad no padeciese, y fué llegados ante la capitana atuna yo y su cuñado, después de haberla algun tanto consolado del pesar que la partida de su marido le causaba, mayormente en ver la tristeza que Licio llevaba, aunque también á mí y á ella se lo encubrió al tiempo que della se despidió.

Yo le dije á Melo que yo deseaba ser su huésped, si él por bien lo tenía; porque para estar en compañía de hembras era mal regocijado, y antes causaría á su merced tristeza que sería en quitársela. Ella me fué mucho á la mano, diciendo, que si algun consuelo pensaba tener era por estar yo en su poder y posada, sabiendo el grande amor que su marido me tenía, y que así, al tiempo que della se partió, no le dió mayor cargo que el cuidado que de mí habia de tener, aunque yo no pensé lo que era; antes distaban nuestros pensamientos: al fin, como á mí se me habian asentado los negros celos aun como atun, que por ventura habia pasado por ellos con la mi Elvira y mi amo el arcipreste, nunca se pudo conmigo acabar que quedase, antes me fui con el cuñado, y cuando á visitalla venia siempre le traía comigo.

## CAPITULO VI.

En que cuenta Lázaro lo que al capitán Licio, su amigo, le aconteció en la corte con el gran capitán.

Pues estando así, como he contado, á ratos cazando, á ratos ejercitando las armas con aquellos que diestros se habian hecho, dende á ocho dias que mi amigo se habia partido nos llegó una nueva, la cual manifestó la tristeza que llevaría al partir, con hacernos á todos los mas tristes peces de todo el mar. Y fué el caso que cuando el capitán general se hubo conmigo tan ásperamente como he contado, él quisiera que me fuera luego del ejército, y que los apasionados á quien yo habia hecho ofensa me ofendieran y dieran muerte, y aun, como después se supo, él habia mandado á ciertos atunes, que viéndome desmandado me matasen, y averiguado, no por mas de por parecelle, como era verdad, ser yo tal testigo de su cobardía, porque otra causa yo no hallaba, sino por do merecia ser gratificado. Mas Dios no dió lugar á esta maldad, poniendo, como puso á Licio en corazon el favor que me hizo; lo cual sabido por el general, tomó asimismo con él gran odio y mala voluntad, afirmando y jurando que lo que Licio hizo por mí fué por darme á él pensar, y sabiendo también que en él tenia mal testigo, por estar junto á mí cuando el general entró en la cueva, diciendo: *paz, paz*.

Juntóse todo y lo que en mí habia hecho el buen capitán, y mejor que él, procuró con sus malas mañas hacer; y como fué en la corte, luego fué con grandes quejas al rey, infamándole de traidor y aleve, diciendo que una noche, teniendo el dicho capitán Licio en cargo la guarda y la mas cercana centinela por muchos dineros que le habia dado por libralle de ser la (1). Y esto decian él y otros muchos mas. Y así le ayude Dios, como dijo la verdad, que Lázaro de Tormes no le podia dar sino muchas cabezas dellos que tenia á sus piés, y dispuso dél, diciendo que habia traído de partes estrañas un atun malo y cruel, el cual atun habia muerto gran número de los de su ejército con una espada que en la boca traía, de la cual jugaba tan diestramente, que no era posible sino ser algun diablo, que para destrucción de los atunes tomó su forma, y que él, viendo el daño que el mal atun habia hecho, lo

(1) Ser preso.

desterró, y so pena de muerte le mandó de apartarse del campo, y que el dicho Licio, en menosprecio del real mandado y de la real corona, y á su despecho, le habia acogido en su compañía y dado favor y ayuda, por do habia incurrido en crimen *lessa majestatis*, y por derecho y ley debía ser hecha dél justicia, porque fuese castigo de su yerro, y en él otros tomasen ejemplo, porque dende adelante nadie fuese contra los mandamientos reales. El señor rey, así mal informado y peor aconsejado, dando crédito á las palabras de su mal capitán, con dos ó tres malos y falsos testigos que juraron lo que él les mandó, y con una probanza hecha en ausencia y sin parte, el mismo dia que llegó á la corte el buen Licio, muy inocente desto, mandó fuese luego preso y metido en una cruel mazmorra, y echada á su garganta una muy fuerte cadena. Y mandó al general hiciese con toda solicitud poner en él guarda, y llevar á pura y debida ejecucion su castigo, el cual luego proveyó mas de treinta mil atunes que le hiciesen la guarda.

## CAPITULO VII.

Cómo sabido por Lázaro la prision de su amigo Licio, lo lloró mucho él y los demás, y lo que sobre ello se hizo.

Estas tristes y dolorosas nuevas nos trujeron algunos de los que con él ido habian, dándonos esta relacion á todos; y como le habian hecho cargo de lo que he dicho, y la manera que en el oille, y estar con él á derecho se tenía, porque todos los jueces que en ello entendian tenia sobornados el general, y que segun pensaban, y la cosa tan de rota iba, no podria escaparse de breve y rabiosa muerte. A esta hora me acordé, y dije entre mí aquel dicho del conde Claros antiguo, que dice:

¿Cuándo acabarás, ventura?  
¿Cuándo tienes de acabar?  
En la tierra mil desastres,  
Y en las mares mucho mas.

Comenzóse entre nosotros un llanto y alaridos, y en mí doblado, porque lloraba el amigo y lloraba á mí, que faltando él no esperaba vivir, quedando en medio del mar y de mis enemigos del todo solo y desamparado. Parecióme que aquella compañía se quejaba de mí, y con justa causa y razon, pues yo era causante que lo perdiesen al que bien querian. No sin causa decia su atuna: «vos, mi señor, tan triste de mí os partisteis sin quererme dar parte de vuestra tristeza; bien pronosticábades vos mi gran pérdida; sin duda, decia yo, este es el sueño que vos, mi buen amigo, soñastes; esta es la tristeza con que vos de mí os partisteis alejándonos con ella.» Y así cada uno decia y lamentaba: dije delante de todos: «señora, y señores y amigos, lo que con las tristes nuevas hemos hecho ha sido muy justo, pues cada uno de nosotros muestra lo que siente; mas ya que esté primer movimiento que en mano de nadie es pasado, justo será, mis señores, que pues con lloro nuestra pérdida no se cobra, que demos orden brevemente en pensar el mejor remedio que nos convenga.»

Y esto pensado, y visto ponello luego en ejecucion, pues segun dicen estos señores, la demasiada priesa que nos dan los que nos desaman, lo requiere: la hermosa y casta atuna, que derramando muchas lágrimas de sus graciosos ojos estaba, me respondia: «todos vemos, esforzado señor, ser gran verdad lo que decís, y asimismo la demasiada necesidad que de nuevo tenemos; por lo cual, si estos señores y amigos de mí parecer son, debemos todos de remitirnos á vos, como á quien Dios ha puesto claro y señalado seso; y pues Licio, mi señor, siendo tan cuerdo y sabio, sus árdulos y pesados negocios de vos confiaba y vuestro parecer seguía, no pienso errar, aunque soy una flaca hembra, en suplicaros lo tomeis á cargo de proveer y ordenar lo que convenga á la salvacion del que de un tan verdadero amor os ama, y al consuelo desta

triste que siempre os quedará en gran deuda.» Y esto dicho, tornó á su gran llanto, y todos hicimos lo mesmo. Melo y otros atunes con la señora capitana estaban, y con ella se hallaron, á su parecer, conformes, los cuales me dieron cargo desta empresa, ofreciéndose á seguirme y hacer todo lo que yo les mandase. Pues viendo que yo era obligado á hacerlo de ponerme en todo cuidado y trabajo, por el que por mí en tanto estrecho estaba, comedidamente lo acepté diciéndoles, conocer yo que cada cual de sus mercedes lo hiciera mejor; mas pues eran servidos que yo lo hiciese, á mí me placía. Diéronme las gracias, y luego allí acordamos se hiciese saber á todo el ejército; y lo cual luego fué hecho, y dentro en tres dias fueron todos juntos. Yo escogí para mi consejo doce dellos, los mas ricos, y no tuve respeto á mas sabios si eran pobres, porque así lo habia visto hacer cuando era hombre en los ayuntamientos do se trataban negocios de calidad, y así vi hartas veces dar con la carga en el suelo, porque, como digo, no miran sino que anden vestidos de seda, no de saber.

Y estos apartados, fué el uno dellos Melo y la señora capitana, que era muy sesuda hembra, cosa por cierto muy clara en tierra y en mar. Y esto hecho, mandamos á toda la compañía se fuesen á comer, y viniesen luego á punto de guerrallos armados con sus armas, los otros con sus cuerpos; venidos que fueron, hice contallos, y hallamos por número diez mil y ciento y nueve atunes, todos estos de pelea, sin hembras, pequeños y viejos; los cinco mil dellos armados, cuál de espada ó puñal, lanza y cuchillo; todos estos hicieron juramento en mi cola, que sobre su cabeza pusieron á usanza de allá (y aun reíme en cuanto hombre entre mí de la donosa ceremonia), que harian lo que yo les mandase, y ponian sus armas, y los que no las tuviesen sus dientes en quien yo les dijese, procurando con todas sus fuerzas librar á su capitán, guardando la debida lealtad á su rey. Acordamos en el consejo de guerra que la señora capitana fuese con nosotros muy bien acompañada de otras cien atunas, entre las cuales llevó una hermana suya, doncella muy hermosa y apuesta. Y hecimos tres escuadrones, el uno de todos los atunes desarmados, y los dos, de los que llevaban armas. En la vanguardia iba yo con dos mil y quinientos armados, y en la retaguardia iba Melo con otros tantos; los desarmados y carruajes iban en medio, y llevando asimismo con nosotros nuestros pajes ya dichos, que las espadas nos llevaban.

## CAPITULO VIII.

De cómo Lázaro y sus atunes, puestos en orden, van á la corte con voluntad de libertar á Licio.

Esta suerte que arriba he dicho, nos metimos en camino, y con mucha priesa, dando cargos á los que nos pareció de la pesca para bastecer la compañía, porque no se desmandasen, y tomé aviso delos que nos habian traído la nueva del asiento de la corte, y el lugar donde nuestro capitán estaba preso, y á cabo de tres dias llegamos á diez millas de la corte: y porque por ir de nueva y estraña manera, si se supiese de nuestra ida, pondríamos escándalo, acordóse que no pasásemos adelante hasta que la noche viniese. Y mandamos á ciertos atunes, de aquellos que la triste nueva nos habian traído, se fuesen á la ciudad, y lo mas disimulado que pudiesen, supiesen en qué estaba la cosa, y volviesen á nosotros con el aviso, y dellos algunos vinieron dándonos la peor que quisieramos. La noche venida, fué acordado que la señora capitana con sus hembras, y Melo con ellas con hasta quinientos atunes sin armas, de los mas honrados y viejos, fuesen derecho camino al rey. Y como bien sabian, suplicasen al rey hubiese por bien de examinar la justicia de su marido y hermano, y que yo con todos los demás me metiese en una montañita muy espesa de arboledas y grandes rocas que á dos millas

de la ciudad estaba, do el rey algunas veces iba á monte, y allí estuviésemos hasta ver lo que negociaban, los cuales nos avisasen. Luego llegamos al bosque, y hallámosle bien proveído de pescados monteses, en el cual nos cebamos, ó por mejor decir nos hartamos á nuestro placer. Yo apercibí toda la compañía que estuviere lanza en cuja. La hermosa y buena atuna llegó allá al alba, y luego se fué para palacio con toda su compañía, y esperó gran rato á la puerta hasta que el rey fué levantado, al cual dijeron la venida de aquella dueña, y lo mucho que á los porteros importunaba la dejasen entrar y hablar á su alteza. El rey, que bien sintió á lo que venia, le envió á decir se fuese enhorabuena, que no podia oirla. Visto que de palabra no queria oír, fué por escrito; y allí se hizo una peticion bien ordenada de dos letrados que por Licio abogaban, en el cual se le suplicó quisiese admitir á sí aquel juicio; pues Licio habia apelado para ante su alteza, porque el nuestro buen capitán estaba condenado á muerte por esos señores alcaldes del crimen, y habiase dado esta sentencia el día de antes, la cual nosotros supimos de los que dije, diciendo: «Que su alteza supiese que su marido habia sido acusado con falsedad, y muy injustamente sentenciado, y que su alteza hiciese tornar á examinar su justicia, y que hasta en tanto sobreseyese la justicia y ejecucion de la sentencia.» Estas y otras cosas muy bien dichas fueron en la buena peticion, la cual fué dada á uno de los porteros. Y al tiempo que se la dió la buena capitana, se quitó una cadena de oro que traía con su joyel, y se la dió al portero, y le dijo que se doliese della y de su fatiga, y no mirase al galardón tan poco: con muchas lágrimas y tristeza el portero tomó dél la peticion de buena gana, y de mejor la cadena, prometiendo hacer su posibilidad; y no fué en vano la promesa, porque leida ante el rey la peticion, tantas y tales cosas se atrevió á decir con su boca llena de oro á su alteza; juntamente con narralle los llantos y angustias que la señora capitana hacia por su marido á la puerta de palacio, que al mal aconsejado rey hizo mover á alguna piedad, y dijo: «Ve con esa dueña á los alcaldes del crimen y díles que sobresean la ejecucion de la sentencia, porque quiero ser informado de ciertas cosas convenientes al negocio del capitán Licio;» y con esta embajada vino muy alegre el portero á la triste, pidiéndole albricias de su buen negociar, las cuales de buena gana ella se las ofreció, y luego sin detenerse fueron al aposento de los alcaldes, y quiso su desdicha que yendo por la calle toparon con don Paver, que así se llamaba el inventor destos nuestros afanes, el cual muy acompañado iba á palacio.

Mas como vió la dueña y su capitania, y supo quién era, y conoció el portero, como astuto y sagaz sospechó lo que podia ser, y con gran disimulacion llamó al portero, é interrogándole á do iba con aquella compañía, el cual simplemente se lo dijo. Y él demostró que le placía dello, siendo al revés, diciendo que se holgaba de lo que el rey hacia, porque al fin Licio era valeroso, y no era justo así hacer justicia dél sin bien examinar el negocio. En mi posada quedan los alcaldes que á pedir mi parecer en este negocio venian, y yo iba á hablar al rey sobre ello, y ellos me quedan allí esperando: mas pues traéis despacho, volvamos y decírcles heis lo que el rey nuestro señor manda; y yendo, llamó á un paje suyo, y muy riendo le dijo que fuese á los alcaldes, y les dijese que luego á la hora hiciesen de Licio la justicia que se habia de hacer, porque así convenia al servicio del rey; y que en la cárcel ó á la puerta dellá lo justificasen sin traello por las calles, entre tanto que yo detengo este portero. El criado lo hizo así, y llegando á la posada, el traidor metió consigo al portero, y dijo á Melo y á su cuñada que esperasen mientras entraba á hablar á los alcaldes, y que de allí todos irian á la prision de Licio á dalle el parabién de su buena esperanza, y que él queria con ellos ir; mas á esta hora

la desventurada fué avisada de la gran traicion y mayor crueldad del gran capitán. Pues aunque peor voluntad tuviera al buen Licio, mirara al angustia y lágrimas de la buena capitana su mujer, y fuera mejor aplacallo por este respecto. Y cuando el malaventurado y traidor llamó al paje para que fuese á negociar la muerte del buen Licio, quiso Dios que uno de sus criados lo oyó, y dijo á la buena capitana, del cual el capitán no se guardó, la cual cuando se lo dijo cayó sin sentido casi muerta sobre el cuello de su cuñado que junto á ella estaba. Melo, como lo oyó, tomó treinta atunes de los que consigo estaban, para que con la mayor presteza que pudiesen me diesen aviso del peligro en que el negocio estaba, los cuales como fieles y diligentes amigos se dieron tanta prisa, que en breve fuimos sabidores de las tristes nuevas que nos llegaron dando muy grandes voces. «Arma, arma, valientes atunes, que nuestro capitán padece muerte por traicion y astucia del traidor don Paver, contra voluntad y mandado del rey nuestro señor;» y en breves palabras nos cuentan todo lo que he contado. Hice luego tocar las bocinas, y mis atunes juntos con sus bocas armadas, á los cuales yo hice una bravísima habla, dándoles cuenta de lo contado; por tanto que como buenos y esforzados mostrasen sus ánimos á los enemigos socorriendo á su señor en tan estrema necesidad, y ellos respondieron todos que estaban prestos á seguirme y hacer en el caso su deber: acabada su respuesta luego comenzamos á caminar para allá. ¡Quién viera á esta hora á Lázaro atun delante de los suyos, haciendo el oficio de esforzado capitán, animándolos y esforzándolos, sin haberlo jamás usado! Escepto pregonando los vinos que hacia cuasi lo mismo, incitando los bebedores, diciendo: aquí, aquí, señores, que aquí se vende lo bueno, y no hay tal maestro como la necesidad. Pues desta suerte, á mi parecer, en menos de un cuarto de hora entramos en la ciudad, y andando por las calles con tal ímpetu y furor que me parece á aquella sazón lo quisiera haber con un rey de Francia, y puse á mi lado los que mejor sabían la ciudad para que nos guiasen, do el sin culpa estaba, por el mas breve camino.

## CAPITULO IX.

Que contiene cómo Lázaro libró de la muerte á Licio su amigo, y lo que mas por él hizo.

Y yendo nosotros con el furor y velocidad que tengo dicho, dimos con nosotros en una gran plaza que ante la torre de la prision estaba; mas nunca á mi pensar socorro entró ni llegó á tan buen tiempo, ni aquel buen Cipion africano socorrió á su patria, que casi del todo estaba ocupada del gran Anibal, como nosotros corrimos al buen Licio. Finalmente, que el mensajero que el traidor envió supo tan bien negociar, y los señores jueces que asimismo holgaron de contentar aquel (aunque malo) gran señor y privado del rey, porque otro día le dijese que tenia muy buena justicia, y que los que la ejecutaban eran muy suficientes, y así les ayude Dios, que cuando llegamos tenian al nuestro Licio sobre un repostero, y á la hermosa su mujer con él dándole la postrera hociçada, que por grandes ruegos la dejaron llegar, muy sin esperanza ella y Melo de nuestro velocísimo socorro. Estaban en torno de la plaza, por las bocas de las calles que á ella venian, mas de cincuenta mil atunes de la compañía del mal gran capitán, á los cuales había dado la guardia del buen Licio. El ejecutivo verdugo estaba dando gran prisa á la señora capitana se apartase de allí y le dejase hacer su oficio, el cual tenia en su boca una muy gruesa y aguda espina de ballena del largo de un brazo para metelle por las agallas á nuestro muy gran capitán, que así mueren los que son hijosdalgo. Y la triste hembra muy á su pesar dando lugar al cruel verdugo con grandes lloros y gemidos que ella y su compañía daban: ya el buen Licio se tendia para esperar la muerte, y cerrando para siempre sus ojos por

no verla, ya que el verdugo, como es costumbre, le había pedido perdon. Y llegándose él le anda tentando el lugar, ó la parte por donde había de herir para mas presto dejalle sin vida. Cuando Lázaro atun había hendido con su compañía por medio de los malos guardadores, derribando y matando cuantos delante se ponian con su toledana espada, y llegó á buen tiempo, al cual se debe creer que lo trujo Dios, que quiere socorrer á los buenos en tiempo de mas necesidad; pues llegando al lugar que digo, y visto el duro peligro en que el amigo estaba, di una gran voz, como la que solia dar en Zocodover: antes que llegase el verdugo á hacer su deber, yo le dije: «Vil Gurrea, ten, ten tu mano, si no, morirás por ello.»

Fué mi voz tan espantosa, y puso tanto temor, que no solo al cegoñino, mas á los demás que allí estaban dió espanto, y no es de maravillar, porque, de verdad, á la boca del infierno que tal voz sonara, espantara á los espantosos demonios, que fuera parte que me rindieran las atormentadas ánimas. El verdugo atónito de me oír, y espantado de ver el velocísimo ejército que en mi seguimiento venia, esgrimiendo mi espada á una y á otra parte por ponelle mas miedo y dalle materia en que ocupase la vista, me esperó; mas como yo llegué, parecióme asegurar el campo, y di al pecedor, que matarle queria, una estocada por el testuz, por do cayó luego muerto al lado del que nada desto veia: aunque animoso y esforzado pece, la tristeza y pesar de verse tan injusta y malamente morir le tenia á esta sazón fuera de su acuerdo; y cuando así le vi estar, pensé si por desdicha mia había acaecido antes que yo llegase que el miedo le hubiese muerto, y con esto apresuradamente llegué á él llamándolo por su nombre, y á las voces que le di levantó un poco la cabeza y abrió los ojos. Y como me vió y conoció, como si de la muerte resucitara se levantó, y sin mirar nada de lo que pasaba, se vino á mí, y yo le recibí con el mayor gozo y alegría que jamás ni después hube, diciéndole: «Mi buen señor, quien en tal estrecho os puso no os debe amar como yo. ¡Ay mi buen amigo, me respondió, cuán bien me habeis pagado lo poco que me debíades! plega á Dios me dé lugar para os pagar lo mucho que hoy vuestro deudor me habeis hecho.—No es tiempo, mi señor, le respondi, destas ofertas, do tanta voluntad de todas partes sobra; mas entendamos en lo que conviene, pues ya veis lo que pasa.» Metí mi espada entre el cuello, y cortéle un cabo de guindaleta con que estaba atado. Como fué suelto, tomó una espada á uno de nuestra compañía, y fuimos á su hembra, y Melo y los otros que con él estaban, que á esta hora atónitos y fuera de sí estaban de ver lo que veian; mas tornados en sí comienzan á darme gracias de la buena ventura. «Señores, yo les dije, habeislo hecho vosotros como buenos; yo de aquí adelante, y mientras tuviere vida, haré lo que pueda en vuestro servicio y de Licio mi señor, y porque no hay tiempo de hablar mi hecho, mas de hacer algo, entendamos en ello, y sea que vosotros, señores, no os apartéis de nosotros, porque venis desarmados, y no recibais daño, y vos, señor Melo, tomá una arma, y cien atunes de vuestra escuadra con sus armas, y no entendais en otra cosa mas que en seguirnos, y mirá por vuestra hermana y esas otras hembras; porque nosotros llevamos acá los negocios y la victoria, y háyamos venganza de quien tanta tristeza y trabajo nos ha dado.» Melo hizo como yo le rogué; aunque conocí dél quisiera emplearse á mas peligro, yo y el buen Licio no quisimos, y nos metimos entre los nuestros, que andaban tan bravos y ejecutivos, que pienso tenian muertos mas de treinta mil atunes, y como nos vieron entre sí, y conocieron su capitán, nadie puede contar el alegría que sintieron. Allí el buen Licio, haciendo maravillas con su espada y persona, mostraba á los enemigos la mala voluntad que en ellos había conocido, matando y derribando á diestro y siniestro cuantos ante sí hallaba; mas á esta hora ellos iban tan maltrechos y des-

baratados, que ninguno dellos entendia sino en huir, y esconderse, y meterse por aquellas casas, sin hacer defensa alguna mas de la que las fiacas ovejas suelen hacer á los bravos y carniceros lobos.

## CAPITULO X.

Cómo recogiendo Lázaro todos los atunes, entraron en casa del traidor de don Paver, y allí le mataron.

Visto esto, mandamos tocar las bocinas, porque los nuestros que derramados andaban se juntasen, al son de las cuales todos fueron juntos, y en ellos se renovó la demasiada alegría de ver á su capitán vivo y sano, y la victoria que de nuestros adversarios habíamos habido; porque pareció milagro, y por tal se debe tener, que casi todos los que murieron eran criados y paniaguados del mal don Paver, á los cuales había dado la guarda del buen Licio por la gran confianza que dellos tenia. Y todos ellos deseaban haber hecho en él lo que nosotros hicimos en ellos; cosa muy acaecedera, que cuando el señor es malo, los criados procuran serlo con él, y al revés, cuando el señor es piadoso, manso y bueno, los criados le procuran imitar, ser buenos y virtuosos, y amigos de justicia y paz, sin las cuales dos cosas no se puede el mundo sustentar. Pues tornando á nuestro negocio, visto que no teníamos con quien pelear, el buen Licio y todos á grandes voces me dijeron, qué me parecia se debía hacer, que todos estaban aparejados á seguir mi consejo y parecer, pues había de ser el mas acertado. «Pues mi voto quereis, valerosos señores, y esforzados amigos y compañeros, les respondí, á mi me parece, pues Dios nos ha guardado en lo principal, así hará en lo accesorio, mayormente que tengo creído que esta victoria y buena andanza nos la ha dado para que seamos ministros de justicia, pues sabemos que á los malos desama y castiga. El mayor de los que tantas muertes ha causado, no sería justo quedase con la vida, pues sabemos que la ha de emplear en maldades y traiciones. Por tanto, si así, señor, os parece, vamos á él, y hagamos en él lo que en vos hacer quisio, que siempre oí decir: de los enemigos los menos; que muchos grandes hechos se han perdido juntamente con los hacedores dellos por no saber dalles cabo. Si no, preguntese al gran Pompeyo y á otros muchos que han hecho lo que él, mayormente que la ocasion no todas veces se halla. Y como libremos por lo hecho, libremos por lo que está por hacer.

Todos á grandes voces dijeron ser muy bien acordado, y que antes que se escapase diésemos sobre él. Con este acuerdo, con muy buena ordenanza y con toda presteza, llegamos á la posada del traidor, al cual á aquella hora le habían llegado las tristes nuevas de la libertad de nuestro gran capitán, y de la gran matanza de los suyos. A esta sazón se le debía doblar el pesar, cuando le entrasen á decir cómo le tenian cercada la casa y mataban á cuantos se defendian, y la cruel y espantosa y nunca oída manera de nuestro pelear. El era de suyo cobarde, y es Dios testigo que no se lo levanto, ni lo digo por quererlo mal; mas porque así lo vi y conocí; y como viesse esto debíase de encobardar mas, porque en los pusilánimos es muy acaecedero, y lo contrario en los animosos. Y así se dió tan mala maña, que ni en escaparse ni en defenderse entendió. La casa cerrada, Licio adelante y yo á su lado, entramos dentro con harta poca resistencia, do le hallamos casi tan muerto como le dejamos: con todo, quisio hasta su fin usar de su oficio, no de capitán, mas de traidor disimulado, porque como así nos vió ir para él, con una vocecita y falsa riseta, haciendo del alegre, nos dijo: «Buenos amigos, ¿qué buena venida es esta?—Enemigo, le respondió Licio, á daros el pago de vuestro trabajo;» y como quien tenia delante la gran afrenta y peligro en que puesto le había, no curó con él de mas pláticas sino juntarse y meterle la espada tres ó cuatro veces por el

cuerpo. Yo no le quise ayudar ni consentir que nadie lo hiciese, por no haber dello necesidad, y también porque así convenia hacerse á la honra de Licio; por manera que apocada y cobardemente feneció el traidor don Paver como él y los de sus costumbres suelen.

Salimos de su casa sin consentir que se hiciese algun daño, aunque hartos de los nuestros deseaban saquealla, en la cual había bien de qué trabar, porque aunque malo, no necio, ni tan fiel como se cuenta de Scipion, que siendo acusado, por otros no tales como él, haber habido grandes intereses de la guerra de Africa, mostrando en su cuerpo muchas heridas, juró á sus dioses no le haber quedado otras ganancias de las dichas guerras; las cuales heridas ni juramento no pudiera mostrar, ni hacer el malo de nuestro adversario, porque siempre en la guerra lo mas de lo que en ella ganaba se llevaba, y lo mejor. Y con lo menos acudia al rey, y así era muy rico, y tenia muy sano y entero el pellejo, que bien pienso yo que hasta el día que murió no se lo habían roto, porque él se guardaba de hallarse en las batallas en lugar de peligro, sino á ver de lejos en qué paraba la cosa, á manera de muy cuerdo capitán. Y digo que porque no se pensase de nosotros codicia, mas de que viesen que de sus males y no de los bienes lo quisimos despojar, no se tocó en cosa alguna. A esta hora todos los atunes que en la corte estaban, y los mas peces que en ella se hallaron naturales y extranjeros, recorrieron á palacio: la vuelta fué tan grande, y el ruido y voces tan espantoso, que el rey en su retraimiento lo oyó, y preguntando la causa, le dijeron todo lo pasado, de que se espantó y alteró en gran manera; y como cuerdo parecióle, que Dios te guarde de piedra y dardo, y de atun denodado, determinó por entonces no salir al ruido, y asimismo mandó que nadie saliese de palacio, mas que allí se hiciesen fuertes hasta ver la intencion de Licio. Y así sé yo que bien estarían en el real palacio, y delante dél, mas de quinientos mil atunes sin otros muchos géneros de pescados, que en la corte á sus negocios asistian; mas á mi ver si la cosa hubiera de pasar adelante, tan poca defensa pudiesen tener como otros; mas Dios nos guarde que tu ley y á tu rey guardarás. Dejáronnos solos en la ciudad, y todos desampararon sus casas y haciendas, no se teniendo en ellas por seguros, y los que no se buian al real palacio, salíanse huyendo al campo y lugares apartados; por manera que se podrá decir: «dependen cieno de un malo, pues por aquel malo padecieron y fueron muertos y amedrentados muchos que por ventura no tenian culpa.» Mandamos pregonar que ninguno de los nuestros fuese osado de entrar en ninguna casa, ni tomar un caracol que ajeno fuese, so pena de muerte, y así se hizo.

## CAPITULO XI.

Cómo pasado el alboroto del capitán Licio, Lázaro con sus atunes entraron en su consejo para ver lo que harían, y luego enviaron su embajada al rey de los atunes.

Esto pasado, entramos en nuestro consejo para ver lo que haríamos: algunos hubo que dijeron ser bien volvernos á nuestro alojamiento y hacernos fuertes en él, ó contratar amistad y confederacion con solo los que al presente teníamos por enemigos; y con vernos airados, y ver nuestro gran poder, holgarian de nuestra amistad y nos darian favor. El parecer del bueno y muy leal Licio no fué este, diciendo, que si esto se hiciese que haríamos verdad la enemistad y mentira de nuestro enemigo, haciéndonos fugitivos, y dejando nuestro rey y naturaleza; mas que era mejor hacerlo saber al rey nuestro señor, y que su alteza fuese bien informado de la mucha causa que hubo para lo hecho, mayormente aquella postrera y mas peligrosa traicion del traidor ser contra la voluntad y mando de su alteza, pues queriendo sobreseer el negocio, como su alteza enviaba á mandar con el portero al alcalde, usó de mandado para que su mando y no el querer del rey su señor fuese cumplido. Y que visto esto por su alte-

za, y que no había sido desacato ni atrevimiento á su real corona lo hecho, sino servicio á su justicia debido, con este parecer nos arrimamos los mas cuerdos.

Pues en este consejo acordamos de enviarle con quien bien lo supiese á decir; sobre quién había de hacer esto, tuvimos diversos pareceres, porque unos decían que fuesen todos y le suplicasen se parase á una finiestra á oír; otros dijeron que parecía desacato, y era mejor ir diez ó doce de nos; otros dijeron que como estaba enojado, no se desenojase en ellos; de manera que estábamos en la duda de los ratones, cuando pareciéndoles ser bien que el gato trajese al pescuezo un cascabel, contendían sobre quién se lo iría á colgar. A la fin la sabia capitana dió mejor parecer; y dijo á su varon, que si servido fuese que ella sola con diez doncellas se quería aventurar á hacer aquella embajada, y le parecía se acertaba el negocio, lo uno porque contra ella y sus servidoras no se había el real poder de mostrar; lo otro porque ella, por librar á su marido de muerte, tenía menos culpa que todos; y lo demás porque pensaba sabello tan bien decir, que antes le aplacase que indignase. A nuestro capitán le pareció bien, y á todos nosotros no mal. Y ella, apartando consigo á la hermosa Luna, que así se llamaba la hermosa atuna su hermana, de quien ya dijimos, y con ellas otras nueve, las mejores de hocicos y muy bien dispuestas, se fué á palacio; y llegando á las guardas les dijeron hiciesen saber al rey cómo la hembra de Licio su capitán le quería hablar, y que su alteza le diese á ello lugar, porque convenia mucho á su real servicio, y para evitar escándalos, y pacificar su corte y reino, y que por ninguna vía la dejase de oír; y que si lo hiciese, haria justicia; porque ella y su marido, y los que con él estaban lo pedían, y querían fuese bien castigado el que culpado fuese; y que si su alteza no la quería oír, que desde allí su marido Licio ponía á Dios por testigo de inocencia y lealtad, para que en ningún tiempo fuese juzgado por desleal.

Y de todo esto y lo demás que había de decir y hacer la señora capitana iba bien informada; y ella, que sabia muy bien hablar, llegada al rey esta nueva, aunque muy airado estaba, mandó que le diesen lugar y entrase segura. Y puesta ante él haciendo el acatamiento, antes que comenzase su habla, el rey le dijo: «¿Parécete, dueña, que le ha salido á vuestro marido buena obra de entre las alas? — Señor, dijo ella: vuestra alteza sea servido de oírme hasta dar fin á mi habla, y después mande lo que servido fuere, y cumplirse ha todo lo mandado por vuestra alteza, sin faltar un punto.» El rey dijo que dijese, aunque tiempo de mas reposo era menester para oírlo. La discreta señora, cuerda y muy atentadamente, en presencia de muchos grandes que con él estaban, los cuales á aquella sazón debían de estar bien pequeños, comenzando del comienzo, muy por estenso dió cuenta al rey de todo lo que hemos contado, contando y afirmando ser así verdad, y si un punto dello saliese en todo lo que decía, fuese della cruel justicia hecha, como de inventora de falsedad ante la real presencia, y asimismo Licio y sus valedores fuesen sin dilación justiciados. El rey la respondió: «Dueña, yo estoy al presente tan alterado de ver y oír lo que se ha hecho; por agora no os respondo mas de que os volvais para vuestro marido, y decille heis, si le parece estalle bien, que levante el cerco que sobre mí tiene, y deje á los vecinos deste pueblo sus moradas, y mañana volveréis acá, y darás parte del negocio á los de mi consejo, y hacerse ha lo que fuere justicia.»

La señora capitana, aunque desta respuesta no llevaba minuta, no le quedó en el tintero la buena y conviniente respuesta, y dijo al rey: «Señor, mi marido, ni los que con él vienen, no tiene cerco sobre vuestra real persona, y asimismo él ni nadie de su compañía en casa alguna ha entrado, sino en la de don Paver. Y así, los vecinos y moradores de aquí no se quejarán con razon, que en sus ca-

sas les han hecho menos una toca; y si están en el pueblo es esperando lo que vuestra alteza les manda hacer, y para esto es mi venida. Y no quiera Dios que en Licio ni en los que con él vienen haya otro pensamiento; porque todos son buenos y leales. — Dueña, dijo el rey, por agora no hay mas que responder.» Ella y sus dueñas haciendo su debida mesura con gentil continente y reposo, se volvió á nosotros, y sabida la voluntad del rey, á la hora salimos de la ciudad con muy buena ordenanza, y nos metimos en el monte; mas no muy muertos de hambre, porque dimos en nuestros enemigos muertos, y aun mandamos llevar á los desarmados bastimentos para nuestros tres ó cuatro dias, con quedar tanto que tuvo toda la ciudad y corte hartazgo, y mal pecado no rogasen á Dios que cada ocho dias echase allí otro tal nublado, guardando al que rogaba.

La ciudad desembarazada de los nuestros, los moradores della cada cual volvió á su posada, las cuales hallaron como las dejaron, y el rey mandó que le trujesen lo que en la posada del muerto gran capitán hallasen, y fué tanto y tan bueno, que no había rey en el mar, que mas y mejores cosas tuviese; y aun fué esto harta parte para que el rey diese crédito á sus maldades, por parecelle no podia tener lo que se halló con justo título, sino habido mal y cautelosamente, y hurtándose á él. Después desto, entró en su consejo, y como quiera que á do hay malos, alguna vez se halla algun bueno, debiéronle decir, que si era así como la parte de Licio decía, no había sido muy culpado en su hecho, mayormente pues su alteza había mandado no hiciesen dél al presente justicia hasta ser bien informado de su culpa. Junto con esto, el portero que el mandado llevó declaró la cautela que el cauteloso con él había usado, y cómo le metió en su posada, y engañó diciéndole estar ahí los jueces, y cómo no los dejó salir della, y la diligencia que hizo allí, y los alcaldes ante el rey dijeron como era verdad que el capitán general les había enviado á decir que su alteza les mandaba que luego á la hora hiciesen la justicia, y por dar en ello mas brevedad, no le trujeran, como se suele hacer, por las acostumbradas calles; y que ellos, creyendo que aquel fuese el mandado de su alteza, lo habían mandado degollar. Por manera que el rey conoció la gran culpa de su capitán, y fué cayendo en la cuenta, y cuanto mas en ello miraba mas se manifestaba la verdad.

#### CAPITULO XII.

Cómo la señora capitana volvió otra vez al rey, y de la buena respuesta que trajo.

Así tuvimos aquel día y la noche en el monte no muy descansados, y otro día la señora capitana con su compañía tornó á palacio; y por evitar prolijidad, el señor nuestro rey estaba ya hartado mas desenojado, y la recibió muy bien, diciéndole: «buena dueña, si todos mis vasallos tuviesen cuerdas y sabias hembras, por ventura en sus bienes y honra aumentarían, y yo me ternia por bien andante. Digo esto, porque en verdad viendo vuestra cordura y sabias razones, habeis aplacado mi enojo y librado á vuestro marido y sus secaces de mi ira y desgracia; y porque de ayer acá yo estoy informado mejor que estaba, decidle que sobre mi palabra venga á esta corte, seguro él y toda su compañía y amigos; y por evitar escándalos por el presente, le mando tenga su posada por cárcel hasta que yo mande otra cosa; y vos visitadnos á menudo, porque huelgo mucho en ver y oír vuestro buen concierto y razonamiento.»

La señora capitana le besó la cola, dando las gracias de tan crecidas mercedes, como muy bien supo, y así se volvió á nos con muy alegre respuesta, aunque á algunos les pareció no lo debíamos hacer, diciendo ser mañosamente hecho para cogernos. A la fin, como leales, acordamos de

cumplir el mandado de nuestro rey, y ahincando sobre una prenda, que eran nuestras bocas, en las cuales confiábamos, cuando nuestra lealtad no nos valiese, luego movimos, para la ciudad, y entramos en ella acompañados de muchos amigos, que entonces se nos mostraban con ver nuestro hecho bien hilado. Y antes desto no se osaban declarar por tales, conforme al dicho del sabio antiguo que dice así: *Cuando fortuna vuelve enviando algunas adversidades, espanta á los amigos, que son fugitivos, mas la adversidad declara quién ama ó quién no.* Fuimos á posar á un cabo de la ciudad, lo mas despoblado y sin embarazos que hallamos, donde estaban hartas casas sin moradores que nosotros sin vida hecimos; allí aposentamos lo mas congregado que pudimos, y mandamos que no saliese á la ciudad ninguno de nuestra capitania, por parecer se hacia cumplidamente lo que su alteza mandó. En este medio, la señora capitana visitaba cada día al rey, con la cual él trabó mucha amistad mas de lo que yo quisiera, aunque todo, segun pareció, fué agua limpia, pagando la hermosa Luna con su inocente sangre, gentil y no tocado cuerpo.

Porque como ella iba con su hermana á aquellas estaciones, y como suelen decir, en tales romerías tales veneras, el rey se pagó della tanto, que procuró con su voluntad haber su amor, y bien creo yo la hermosa Luna no lo hizo con consejo y parecer de su hermana; y así fué dello sabidor el buen Licio, porque casi me lo declaró, pidiéndome mi parecer. Yo le dije me parecía no ser mucho yerro, mayormente que sería gran parte y el todo de nuestra deliberacion. Y así fué, que la señora Luna privó tanto con su alteza y él fué della tan pagado, que á los ocho dias de su real ayuntamiento pidió lo que pidió, y fuimos todos perdonados. El rey alzó el carcelaje á su cuñado, mandó que todos fuésemos á palacio, Licio besó la cola del rey, y él se la dió de buena gana, y yo hice lo mismo, aunque de mala gana, en cuanto hombre, por ser el beso en tal lugar. Y el rey nos dijo: «capitán, yo he sido informado de vuestra lealtad y de la poca de vuestro contrario; por tanto, desde hoy sois perdonados vos y todos los de vuestra compañía, amigos y valedores que en el caso pasado os dieron favor y ayuda; y para que de aquí adelante asistais en nuestra corte, os hago merced de las casas y de lo que en ellas está del que permitió Dios las perdiere y la vida con ellas, y os hago merced del mismo oficio que él tenia de nuestro capitán general, y de hoy mas le ejerced y usad como sé que bien sabeis hacer. Todos nos humillamos ante él, y Licio le tornó á besar la cola, rindiéndole grandes loores por tantas mercedes, diciendo que confiaba en Dios le haria con el cargo tales y tan leales servicios, que su alteza tuviese por bien habérselas hecho.

Aquel día fué informado el rey nuestro señor del pobre Lázaro atun, aunque á esta sazón estaba tan rico y alegre de verlos ser amigos, que me parece jamás haber habido tal alegría. El rey me preguntó muchas cosas, y en lo de las armas cómo había hallado la invencion dellas, y á todo le respondí lo mejor que supe. Finalmente, se holgó y preguntó con qué número de peces pensaria pelear con los armados que traíamos, y yo le respondí: «señor, sacada la ballena, á todo el mar junto osaré esperar y pensaré ofender.» Espantóse desto, y dijome que holgaria si hiciésemos una muestra ante él por ver el modo que teníamos en pelear: acordóse que el día siguiente se hiciese, y que él saldría al campo á verlos. Y así fué que Licio, nuestro general, y yo y los demás salimos con todos los armados de nuestra compañía, y ordené aquel día una buena invencion; y aunque acá ya los soldados la usan, hielos poner en ordenanza. Y así pasamos ante su alteza y hecimos nuestro caracol; y aunque el coronel Villalba y sus contemporáneos lo debían hacer mejor y con mejor concierto, á lo menos para el mar, y como no había visto

estar ordenados escuadrones, pareciéles á los que los veían maravillosa cosa.

Después hice un escuadron de toda la gente, poniendo los mejores y mas armados en las primeras hileras, y hice á Melo que con todos los desarmados y con otros treinta mil atunes saliesen á escaramuzar con nosotros, los cuales nos cercaron de todas partes, y nosotros muy en orden, nuestro escuadron bien cerrado, comenzamos á defendernos y herir y ofenderlos, de manera que no bastara todo el mar á entrarnos. El rey vió que yo había dicho verdad, y que de aquel modo no podíamos ser ofendidos, y llamó á Licio, y le dijo: «maravillosa manera se da este vuestro amigo en las armas; pareceme es esta manera de pelear para señorear todo el mar. — Sepa vuestra alteza que es así verdad, le dijo el capitán general; y cuanto á la buena industria del estraño atun, mi buen amigo, no puedo creer sino que de Dios viene, y que lo ha acarreado en estas partes para gran pro é honra de vuestra alteza y aumento de sus reinos y tierras. Crea vuestra grandeza que lo menos que en él hay es esto, porque son tantas y tan excelentes las partes que tiene, que nadie basta á las decir; el mas cuerdo y sabio atun que hay en el mar, virtuoso y honrado, y el atun de mas verdad y fidelidad, el mas gracióso y de buenas maneras es que yo jamás he oído decir. Finalmente, no tiene cosa de echar á mal, y vuestra alteza piense que no me hace decir esto la voluntad que le tengo, sino la mucha verdad que en decillo digo.»

«Por cierto mucho debe á Dios, dijo el rey, un atun que así con él partió sus dones; y pues me decis ser tal, justo es le hagamos honra, pues á nuestra corte ha venido; sabed dél si querrá quedar con nos, y rogádselo mucho de vuestra parte y de la mia, que podrá ser no se arrepienta de nuestra compañía.»

#### CAPITULO XIII.

Cómo Lázaro asentó con el rey, y cómo fué muy su privado.

Pasado esto, el general tomó cargo de me lo decir, y el rey se volvió muy contento á la ciudad, y nosotros también; después el capitán me habló, diciendo lo que con el rey había pasado, y cómo deseaba que le sirviese, y todo lo demás. Finalmente, yo fui rogado, y mucho á mi honra hice mi asiento. Veis aquí vuestro pregonero de cuantos vinateros en Toledo había, hecho el mayor de la casa real, dándome cargo de la gobernacion della, y andaos á decir donaires. Dí gracias á Dios porque mis cosas iban de bien en mejor, y procuré servir á mi rey con toda diligencia, y en pocos dias casi lo era yo, porque ningún negocio de mucha ó poca calidad se despachaba sino por mi mano y como yo queria. Con todo esto, no dejé sin castigo á los que lo merecían, y por mis mañas supe cómo y de qué manera la sentencia de Licio se había dado tan injustamente, aunque al presente el rey había puesto silencio en el caso, por ser el capitán pece de calidad y muy emparentado. De que me ví en alto presumí de repicar las campanas, y dije al rey que aquel había sido un caso feo y no digno de disimularse, porque era abrir puerta á la justicia; por tanto que á su servicio cumpliera fuesen castigados los que tuviesen culpa.

Cometiolo su alteza á mi, como todo lo demás, y yo los cometí de suerte que hice prender á todos los falsarios, que muy descuidados estaban, y puestos á cuestion de tormento, confesaron haber jurado falso en dichos y condenacion que al buen Licio se hizo. Preguntádoles, por qué lo hicieron, ó qué les dió el mal capitán general por qué lo hicieron, respondieron: no les haber dado ni prometido, ni eran sus amigos, ni servidores. ¡Oh desalmados pecadores, oh litigantes, y hombres que os quejais que vuestro contrario hace mala probanza con número de testigos falsos que tiene granjeados para sus menesteres! venid, venid al mar, y vereis la poca razon que teneis de os quejar en la tierra, porque si ese vuestro adversario pre-

sentó testigos falsos, y les dió algo por ello, ó lo prometió, y ser antes sus amigos, por quien el otro día era otro tanto; mas á estos infieles peces, ni promesa, ni gualardon, ni amistad lo hace hacer, y así son mas de culpar, y dignos de gran castigo, y así fueron aborrecidos. Supe mas: el escribano ante quien pasaba la causa ningun eserito que por parte de Licio se presentó, ni auto que en su defensa hiciesen, admitia ni queria recibir. ¡Oh desvergüenza, dije yo, y cómo se sufría en la tierra! Por cierto ya que el escribano fuera favorable, y hiciera lo demás honestamente tomando las escrituras, y después no las pusiera en el proceso, mas hiciéralas perdedizas; mas ese otro hecho es el diablo, y asimismo se hizo del justicia. Súpose cómo no fué agua limpia la mucha brevedad que se tuvo en sentenciarle, y yo culpé mucho á los ministros, diciéndoles: «Un pleito de dos pajas no le determinaré en un año ni en diez, ni aun en veinte, y la vida y honra de un noble pece deshaceis en una hora.» Diéronme no sé qué excusas, las cuales no les excusaran de pena, sino que el rey mandó espresamente hubiese con ellos disimulacion por lo que tocaba al real oficio; y así lo hice; mas bien sentía habia andado en medio dellos y del mal general el generoso y gracioso brazo, que es el que suele bajar los montes, y subir los valles, y adonde esto entra todo lo corrompe; por la cual causa el rey de Persia dió un cruel castigo á un mal juez haciéndole desollar, y teniendo tendida la piel en la silla judicial, hizo sentar en ella á un hijo del mal juez, y así el rey bárbaro proveyó por maravillosa y nueva forma, que ningun juez dende en adelante no fuese corrompido.

En este propósito decia el otro que do aficion reina la razon no es entendida, y que el buen legista pocas cosas puede cometer á los jueces, mas determinales por leyes; porque los jueces muchas veces son pervertidos, ó por amor ó por odio, ó por dádivas, por lo cual son inducidos á dar muy injustas sentencias; y por tanto dice la escritura: «Juez, no tomes dones, que ciegan á los prudentes, y tornan al revés las palabras de los justos.» Esto aprendi de aquel mi buen ciego, y todo lo demás que sé en leyes, que cierto sabia, según él decia, mas que Bártolo, y que Séneca en doctrina; mas por hacer lo que tengo dicho que el rey me mandó, pasé por ello hartó á mi pesar.

En tanto que esto pasaba, el general por mandado del rey habia ido con grande ejército á hacer guerra á los sollos, los cuales presto venció, poniendo su rey dellos en subjecion, y quedó obligado á dalle cada un año largas parias, entre las cuales daba cien sollas vírgenes y cien sollos, los cuales por ser de preciado sabor el rey comia, y las sollas tenía para su pasatiempo. Y después nuestro gran capitán fué sobre las tolinas, y las venció y puso bajo nuestro poderío. Creció tanto el número de los armados y pujanza de nuestro campo, que teníamos sujetos muchos géneros de pescados, los cuales todos contribuian y daban parias, como hemos dicho, á nuestro rey.

Nuestro gran capitán, no contento con las victorias pasadas, armó contra los cocodrilos, que son unos peces fierisimos, y viven á tiempo en tierra y á tiempo en el agua, y hubo con ellos muchas batallas campales; y aunque algunas perdió, de las mas salió con victoria; mas no era maravilla perder algunas, porque, como dije, estos animales son muy feroces, grandes de cuerpo, tienen dientes y colmillos, con los cuales despedazan cuantos se topan delante, y con toda su ferocidad los nuestros los hubieran desbaratado muchas veces; sino que cuando se veían de los nuestros muy apremiados, dejaban el agua, e ibanse en tierra. Y así escapaban, y al fin el buen Licio los dejó con haber hecho en ellos gran matanza, y él asimismo recibió gran daño, y perdió al buen Melo su hermano, que fué para el ejército harta tristeza. Mas como muriese como bueno, fué nos consuelo, porque se averiguó que antes que lo matasen mató con su persona y con su buena espa-

da (de la cual era muy diestro) mas de mil cocodrilos; y aun no lo mataran, sino que yendo ellos huyendo á tierra, y él tras ellos en el alcance, no mirando el peligro, dió en tierra, y allí encalló, y como no le pudieron los suyos socorrer, los enemigos le hicieron pedazos. Finalmente, el buen Licio vino de la guerra el mas estimado pece que habia vivido en agua del mar estos diez años, trayendo grandes riquezas y despojos, con los cuales enteramente acudió al rey, sin tomar para sí cosa alguna.

Su alteza lo recibió con aquel amor que era justo á pece que tanto le habia servido y honrado, y partió con él muy largo, hizo mercedes muy cumplidas á los que le habian seguido, por manera que todos quedaron contentos y pagados. El rey por mostrar favor á Licio puso luto por Melo, y lo trujo ocho días, y todos lo trujimos, porque sepa vuestra merced el luto que se pone entre estos animales cuando tienen tristeza, que en señal de luto y passion no hablan, sino por señas han de pedir lo que quieren. Y esta es la forma que entre ellos se tiene, cuando muere el marido, ó la mujer, ó hijo, ó principal persona valerosa, y guárdase en tanta manera que se tenia por gran ignominia, y la mayor del mar, si trayendo luto hablasen, hasta que el rey se lo enviase á mandar al apasionado, que le mandaba que alce el llanto, y entonces hablan como de antes. Yo supe entre ellos que por muerte de una dama, que un varon tenia por amiga, puso luto en su tierra, que duró diez años, y no fué el rey bastante á se lo hacer quitar, porque todas las veces que se lo enviaba á decir que lo quitase, le enviaba á suplicar le mandase matar, mas que quitallo era por demás; y contáronme otra cosa de que gusté mucho, que viendo los suyos tan gran silencio unos á un mes, otros á un año, otros á dos, cada uno según tenia la gana de hablar, se le fueron todos, que un atun no le quedó, y con esto le duró tanto el luto, que aunque quisiera quitallo no tenia con quien. Cuando esto me contaban, pasaba yo por la memoria unos hombres parlones, que yo conocia en el mundo, que jamás cerraban la boca, ni dejaban hablar á nadie que con ellos estuviese, sino un cuento acabado y otro comenzado, y hartas veces, porque no les tomasen la mano, los dejaban á medio tiempo y tornaban á otro; y hasta venir la noche que los departiese como batalla, no hubiédeses miedo que ellos acabasen; y lo peor que no ven estos cuán molestos son á Dios y al mundo, y aun pienso que al diablo, porque de parte de ser sabio huiria destos necios, pues cada semejante quiere á su semejante. Vasallos destos varones los vea yo, y que se les muera el amiga, porque me vengue dellos.

## CAPITULO XIV.

Cómo el rey y Licio determinaron de casar á Lázaro con la linda Luna, y se hizo el casamiento.

Pues tornando á nuestro negocio, y siendo pasado el luto y tristeza que todos tuvimos por la muerte de Melo, el rey mandó con gran diligencia se entendiese en rehacer el número de los armados y en buscar armas donde se hallasen, y así se hizo. En este tiempo pareció á su alteza ser bien casarme; y comunicó con el buen Licio, al cual dió el cargo del negocio, y él se quisiera eximir dello, según que del supe; mas por complacer al rey no osó hacer otra cosa. Y dijomelo con alguna vergüenza, diciendo que él veía yo merecer mas honra, según la mucha mia, mas que el rey le habia mandado espresamente que él fuese el casamentero. Finalmente, dan la ya no tan hermosa ni tan entera Luna por mia. En dicha me cabe (dije entre mí): para jugador de pelota no valdria un clavo, pues maldito el voleo alcanzo, sino de segundó hote, y aun plega á Dios no sea de mas; con todo, á subir acierto. Razon es de arcipreste á rey haber salto. Al fin lo hice, y mis bodas fueron hechas con tantas fiestas como se hicieron á un príncipe, con un vizcondado que con ella el rey

me dió, que á tenerlo en tierra me valiera hartó mas que en la mar; al fin del extremo atun subí mi nombre á su señoría, á pesar de gallegos.

Destá manera se estaba mi señoría triunfando la vida, y con mi buena y nueva Luna muy bien casado, y muy mejor con mi rey, no descuidándome de su servicio, pensando siempre cómo le daría placer y provecho; pues le debía tanto; y con esto en ningun tiempo y lugar lo veía que no se lo alegase, fuese como fuese, y diese do diese, guardándome mueho de decirle cosa que le diese pena y enojo, teniendo siempre ante mis ojos lo poco que privan ni valen con señores los que dicen las verdades. Acordéme del tratamiento que Alejandro hizo al filósofo Calistenes por se las decir, y con esto nada me sucedia mal: tenía á grandes y pequeños tan so mano, que en tanto tenian mi amistad como la del rey. En este tiempo pareciéndome conformar el estado del mar con el de la tierra, di aviso al rey, diciéndole seria bien, pues tiene el trabajo, que tuviese el provecho, y era que hasta entonces la corona real no tenia otras rentas sino solamente de treinta partes la una de todo lo que se vendia, y cuando tenia guerra justa y conveniente á su reino, dábanle los peces necesarios para ella, y pagábanse los, y solos diez pescados para su plato cada día. Yo le impuse en que le pechasen todos cada uno un tanto, y que fuesen los derechos como en la tierra, y que le diesen para su plato cincuenta peces cada día. Puse mas, que cualquiera de sus súbditos que se pudiese don sin venirle por línea derecha, pagase un tanto á su alteza, y este capítulo me parece fué muy conveniente, porque es tanta la desvergüenza de los pescados, que buenos y ruines, bajos y altos, todos dones: don acá, don acullá, doña nada, y doña nonada. Hice esto acordándome del buen comedimiento de las mujeres de mi tierra, que ya que alguna caiga por desdicha en este mal latín, ó será hija de mesonero honrado ó de escudero, ó casó con hombre que llaman su merced, y otras desta calidad que ya que pongan el dicho don, están fuera de necesidad; mas en el mar no hay hija de abacera que si casase con quien no sea oficial, no presume dende á ocho dias poner un don á la cola, como si aquel don les quitase ser hijas de personas no honestas y que no lo tenían, y que no lo tener muchas dellas serian por ventura en mas tenidas, porque no darian causa que les desenterrasen sus padres, y traigan á la memoria lo olvidado, y sus vecinos no tratarian ni reirian dellas, ni de su merced, que se lo consiente poner: y á ellas de suyo sabemos no ser macizas; mas en esto ellos se muestran mas bravos y livianos.

Pareció bien al rey rentándole hartó, aunque de allí adelante, como costaba dinero, pocos dones se hallaban. Destas y de otras cosas, y nuevas imposiciones mas provechosas al rey que al reino, avisé yo. El rey con verme tan solícito en su servicio, tampoco era perezoso en las mercedes, antes eran muy contentas y largas; aprovechéme en este tiempo de mi pobre escudero de Toledo, ó por mejor decir, de sus sagaces dichos, cuando se quejaba no hallar un señor de título con quien estar, y que si lo hallara le supiera bien granjear, y decia allí el cómo, del cual yo usé, y fué para mí muy provechoso, especialmente un capítulo della, que fué muy avisado en no decir al rey cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese andar á su sabor, tratar bien y mostrar favor á los que él tenia buena voluntad, aunque no lo mereciesen; y por el contrario á los que no la tenia buena, tratándolos mal, y decir dellos males, aunque en ellos no cupiesen, no yéndoles á la mano á lo que quisiesen hacer, aunque no fuese bueno. Acordéme del dicho Calistenes, que por decir verdades á su amo Alejandro le mandó dar cruelísima muerte, aunque esta debria tenerse por vida, siendo tan justa la causa: ya no se usa sino vivir, sea como quiera, de manera que yo me arrimaba cuanto podia á este parecer, y desta suerte cayóse la copa en la miel, y mi casa se

hinchia de riqueza; mas aunque yo era pece, tenía el ser y entendimiento de hombre, y la maldita codicia que tanto en los hombres reina; porque un animal dándole su cumplimiento de lo que su natural pide, no desea mas ni lo busca. No dará el gallo nada por cuantas perlas nacen en Oriente, si está satisfecho de grano, ni el buey por cuanto oro nace en las Indias, si está hartó de yerba, y así todos los demás animales: solo el bestial apetito del hombre no se contenta ni harta, mayormente si está acompañado de codicia. Dígoles porque con toda mi riqueza y tener, porque apenas se hallaba rey en el mar que mas y mejores cosas tuviese, fui aguijonado de la codicia hambrienta, y no con lícito trato: con esto hice armada para que fuese á los golfos del Leon y del Hierro, y á otros despaché á los bancos de Flandes, do se perdian naos de gentes, y á los lugares do habia habido batallas, do me trujeron gran cantidad de oro, que en solo doblones pienso me trujeron mas de quinientos mil.

Reíase mucho el rey de que me veía holgar y revolcar sobre aquellos doblones, y preguntábame que para qué era aquella nonada, pues ni era para comer ni traer; dije yo entre mí: «si tú lo conocieses como yo, no preguntarias eso.» Respondíale que los queria para contadores, y con esto le satisfacía, y después que á la tierra vine, como adelante diré, maldito aquel de mis ojos pude ver, y es que todos los que habia, me los trujeron allí en el mar, y así acá no anda ya ninguno, y si lo hay débenlo tener en otro tan hondo y escondido lugar. Harto yo deseaba, si ser pudiera, hallar una nao que cargara dellos, aunque le diera la mitad de mi parte al que me los diera á la mi Elvira en Toledo, para con que casar á la mi niña con alguno, que bien seguro estaba haber hartos que no me la desecharan por ser hija deregonero, y con esta gana sali dos ó tres veces tras naos que venian de levante, dándoles gritos sobre el agua, que esperasen, pensando me entenderian y imaginarian, y aunque no fuesen fieles mensajeros en llevar el tesoro, ó parte del á Toledo, con que lo aprovechasen hombres me contentaba, por el amor que yo tenia á la humana naturaleza; mas luego que los llamaba, ó me veían me arrojaban arpones ó dardos para me matar, y con esto tornábame á mi menester y bajaba á ver mi casa. Otras veces deseaba que Toledo fuera puerto de mar, para podelle henchir de riquezas, porque no fuera menos de haber mi mujer y hija alguna parte. Y con estos y otros deseos y pensamientos pasaba mi vida.

## CAPITULO XV.

Cómo andando Lázaro á caza en un bosque perdido de los suyos, halló la Verdad.

Como yo me perdí de los míos, hallé la Verdad, la cual me dijo ser hija de Dios, y haber bajado del cielo á la tierra por vivir y aprovechar en ella á los hombres; y cómo casi no habia dejado nada por andar en lo poblado, y visitado todos los estados grandes y menores, y ya que en casa de los principales habia hallado asiento, algunos otros la habian revuelto con ellos, y por verse con tan poco favor se habia retraido á una roca en la mar. Contóme cosas maravillosas que habia pasado con todos géneros de gentes, lo cual si á vuestra merced hubiese de escribir seria largo, y fuera de lo que toca á mis trabajos. Cuando sea vuestra merced servido, si quisiere, le enviare la relacion de lo que con ella pasé. Vuelto á mi rey le conté lo que con la Verdad habia pasado.

## CAPITULO XVI.

Cómo despedido Lázaro de la Verdad, yendo con las atunas á desovar, fué tomado en las redes, y volvió á ser hombre.

Yéndome á la corte consolado con estas palabras, vivi alegre algunos dias en el mar; en este medio se llegó el tiempo que las atunas habian de desovar; y el rey me mandó que yo fuese aquel viaje, porque siempre con ellas